



JOHN SCALZI

EL FINAL  
DE TODAS  
LAS COSAS

minotauro

JOHN SCALZI

# El final de todas las cosas

minotauro

*El final de todas las cosas*  
Núm. 6 de 6

© John Scalzi, 2015  
Publicado originalmente como *The End of All Things*

Los derechos morales del autor han sido respetados

Publicación de Editorial Planeta, S.A.,  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2017

ISBN: 978-84-450-1333-5  
Depósito legal: B. 7.386-20  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

La vida de la mente . . . . .	11
Esta unión hueca . . . . .	115
Puede perdurar en el tiempo . . . . .	197
Sobrevivir o morir . . . . .	255
<b>Versión alternativa de «La vida de la mente» . . . . .</b>	<b>331</b>
Agradecimientos . . . . .	357

## La vida de la mente

Para mi queridísimo amigo, el difunto John Anderson, y para todos los que fueron amigos suyos.  
Que suene la música.

### PRIMERA PARTE

Se supone que debo contaros cómo me convertí en un cerebro medido en una caja.

Bueno, es un comienzo un poco siniestro, ¿no os parece?

Además, lo cierto es que no sé cómo lo hicieron, me refiero a las técnicas que emplearon. No es que me despertara convertido en un cerebro fuera de mi cuerpo y me enseñaran un vídeo informativo sobre cómo lo habían hecho por si acaso me picaba la curiosidad. «Ésta es la parte en la que le cortamos los vasos sanguíneos y los nervios del sistema nervioso periférico —explicaría el vídeo—. Aquí extraemos el cráneo y la columna vertebral, y aquí le atiborramos el cerebro de unos sensores microscópicos acojonantes para registrar sus pensamientos. Preste atención porque luego le haremos un examen.»

¡Por Dios, qué mal se me da esto!

No soy escritor ni orador. Tampoco me dedico a contar historias. Soy piloto de nave espacial. Me gustaría dejarlo claro antes de continuar. La Unión Colonial me pidió que os contara lo que me había pasado porque consideraba que la información podría resultaros útil. Pero, como comprenderéis, esto no va a ser la típica obra literaria. Va a estar lleno de saltos adelante y atrás en el tiempo. Seguro que me pierdo mientras os cuento mi historia y tendré que

volver atrás, y entonces volveré a perderme. Estoy escribiendo mi historia sin darle demasiadas vueltas en la cabeza.

Bueno, metafóricamente, puesto que ya no tengo cabeza. Estoy casi seguro de que la tiraron a una incineradora o le hicieron algo por el estilo.

¿Veis a qué me refiero?

Alguien va a tener que editar lo que escriba si quieren que tenga sentido. «Esto es para usted, pobre editor anónimo de la Unión Colonial: mis saludos y mis disculpas. Le juro que no es mi intención complicarle la vida. Lo que pasa es que no sé qué quieren realmente ni cómo quieren que lo haga.

»«Usted cuéntelo todo —me dijeron—. Póngalo todo por escrito. No se preocupe, nosotros lo ordenaremos.» Así que supongo que ahí es donde entra usted, anónimo editor. Suerte con el orden a seguir.»

Y si estáis leyendo esto, estoy seguro de que el editor hizo un trabajo excelente.

¿Por dónde demonios empiezo? No creo que a ninguno de vosotros os interese una mierda mi infancia. Fue feliz, como todas; no pasó nada fuera de lo normal y tuve unos padres y unos amigos decentes. En los años de colegio tampoco ocurrió nada destacable; tuve los típicos picos de estupidez y de libido y de vez en cuando empuñé para los exámenes. Sinceramente, no creo que a nadie le apetezca oírme hablar de ello. A mí apenas me interesa, y eso que lo viví.

De manera que creo que empezaré por la entrevista de trabajo.

Sí, me parece un buen comienzo. Esa entrevista me proporcionó el trabajo que me convirtió en un prodigio sin cabeza.

A toro pasado, casi preferiría no haber conseguido el curro.

¡Ah! Quizá debería deciros mi nombre. Sólo para que quede constancia.

Me llamo Rafe, Rafe Daquin.

Me llamo Rafe Daquin y soy un cerebro metido en una caja.

Hola.

Fui a la entrevista de trabajo por un amigo de la universidad, Hart Schmidt. Él trabaja en el cuerpo diplomático de la Unión Colo-



nial. Siempre me ha parecido que el suyo es la definición exacta de un trabajo ingrato.

Recientemente, entre una misión y otra, se encontró en un bar de la Estación Fénix con el segundo de a bordo de la *Chandler*, una nave mercante que habitualmente hacía una ruta circular entre Phoenix, Huckleberry y Erie. No era el trabajo de mi vida, pero un curro es un curro. No todos los trabajos pueden ser glamurosos.

Pues bien, durante su conversación, el segundo de a bordo se le quejó de que cuando llegaron con la *Chandler* a la Estación Fénix estaban esperándolos unos tipos de los cuerpos de seguridad. Al parecer, uno de los pilotos de la *Chandler* tenía un negocio paralelo en el planeta Phoenix, cuyos detalles nunca me quedaron claros, pero en el que se mezclaban chantaje, intimidación, chanchullos y bigamia. El hecho es que la *Chandler* se había quedado sin un piloto y necesitaba un sustituto para ya mismo.

—Aquí pone que fue programador antes que piloto —dijo el segundo de a bordo mientras repasaba mi trayectoria profesional. Estábamos en una hamburguesería de la Estación Fénix. Yo había salido escopeteado del planeta en cuanto Hart me comentó lo del curro. Las hamburguesas del local eran legendarias, pero yo no había ido allí para vivir una experiencia gastronómica de la leche. El segundo de a bordo se llamaba Han Lee y no parecía un tipo muy mirado, así que me dio la impresión de que, mientras no confesara que me gustaba matar adorables gatitos delante de los niños, conseguiría el trabajo.

—Estudí Ingeniería Informática en la universidad —dije—. Me gradué y me dediqué a la programación durante un par de años. Trabajé para Sistemas Eyre, sobre todo en navegación aeroespacial y programas de mantenimiento. Seguro que tiene uno de nuestros sistemas en la *Chandler*.

—Así es —repuso Han.

—Si me contrata, recibirá de regalo un servicio de ayuda técnica —dije. Era un chiste.

No estoy seguro de que Han lo pillara.

—No es habitual el cambio de programador a piloto —señaló.

—Mi trabajo como programador me despertó el interés por ser piloto. Era uno de los pocos programadores con algo parecido a

habilidades sociales, así que me destinaron a la Estación Fénix para trabajar en la adaptación de los programas informáticos. Pasé un montón de tiempo dentro de las naves, charlando con tripulantes y escuchando sus conversaciones sobre los lugares del universo que habían visitado. Cuando estás oyendo hablar continuamente de eso, tienes la impresión de que pasar el tiempo sentado en un escritorio introduciendo códigos es malgastar la vida. Quería ver qué había ahí fuera. Así que me busqué un trabajo como aprendiz de piloto. Eso fue hace seis años.

—No fue exactamente lo que se llama un paso adelante en su carrera, desde el punto de vista económico —dijo Han.

Me encogí de hombros. Imaginé que interpretaría mi gesto como un desenfadado y sobrado «oye, hay cosas más importantes que el dinero» en lugar de como un «sigo viviendo con mis padres, que ya están cansándose de mí, así que me conformo con lo que sea». De todos modos, ambas cosas eran ciertas. Puede llegar a haber muchas cosas más importantes que el dinero cuando se te cierran otras puertas.

No quiero asignar a mis padres el papel de malos de la película. Es sólo que me habían dejado muy claro que una cosa era mantenerme mientras estaba labrándome una carrera y otra muy distinta mantener a un ser humano de treinta y dos años que entre curro y curro no movía el culo. Quizá no permitirían que me muriera de hambre, pero tampoco iban a hacerme la vida fácil.

Y los entiendo. Si estaba en el paro no era porque fuera un vago.

—Aquí pone que no ha trabajado en los últimos nueve meses.

—Sí, desde mi última nave —dije.

—¿Cómo lo explica?

Vaya, esta pregunta no podía esquivarla.

—Están intentando joderme.

—¿Quién?

—El capitán Werner Ostrander, de la *Cataratas del Lastan*.

Me pareció ver que asomaba una leve sonrisa en los labios de Han al oír mi respuesta.

—Continúe.

—No hay mucho que contar. Yo era segundo piloto en la *Baikal*, y como el primer piloto no tenía pinta de que fuera a mo-



verse a medio plazo, en cuanto me enteré de que había una vacante como primer piloto en la *Lastan* me lancé de cabeza a por el puesto. Lo que no sabía entonces era que si la *Lastan* había tenido seis pilotos en dos años era por una razón, pero cuando lo descubrí era demasiado tarde. Acabé rompiendo mi contrato.

—Debió de salirle caro.

—Considero bien invertido hasta el último céntimo que pagué. Cuando me marché de la nave, le dejé caer el nombre de mi madre al sobrecargo. Mi madre es abogada laboralista. La querrela que interpusé contra Ostrander fue, digamos, muy satisfactoria.

Llegados a este punto, Han ya sonrió sin tapujos.

—Pero también ha conseguido que ahora Ostrander corra a echar pestes de mí cada vez que intento conseguir un trabajo de piloto —continuó—. A nadie le gusta tener a bordo a un tipo conflictivo.

—Eso es cierto —repuso Han, y yo gruñí por dentro, porque me di cuenta de que acababa de echar a perder mi oportunidad de conseguir el curro—. Yo también fui tripulante de la *Cataratas del Lastan* durante un año, al principio de mi carrera.

Me lo quedé mirando con sorpresa.

—¿En serio?

—Sí. Digamos que comprendo que quisiera romper su contrato. Y también me gustaría que en algún momento me explicara los detalles de esa querrela.

Sonreí.

—Eso está hecho, señor.

—Voy a serle franco, señor Daquin. Este puesto es un paso atrás en su carrera —dijo Han—. Será el tercer piloto en una ruta comercial sin ningún aliciente. Venimos aquí, vamos a Huckleberry, luego a Erie y vuelta a empezar. No tiene nada de emocionante, y, como en el caso de la *Baikal*, no hay posibilidad de ascenso.

—Permítame que le sea igual de franco, señor. He pasado los últimos nueve meses en el fondo de un pozo gravitatorio. Usted sabe tan bien como yo que si sigo mucho más tiempo así ya no podré salir de él. Usted necesita un piloto ahora mismo para no perder tiempo ni dinero en su ruta. Lo he pillado. Y yo necesito salir del pozo si quiero tener una oportunidad para volver a ser primer

piloto en alguna nave sin el obstáculo de Ostrander. Creo que ambos estamos en un apuro y que podemos ayudarnos mutuamente a salir de él.

—Sólo quería asegurarme de que todos tuviéramos claras nuestras expectativas —dijo Han.

—No me hago ilusiones, señor.

—Perfecto. En ese caso, le concedo un día para que arregle los asuntos que tenga pendientes antes de partir.

Me agaché y di unos golpes a la maleta de tripulante que tenía a mis pies.

—Asuntos arreglados. Sólo me falta encontrar a mi amigo Hart para invitarlo a una copa por haber concertado esta entrevista.

—Si se da prisa, de la puerta treinta y seis despegará un transbordador con destino a la *Chandler* dentro de un par de horas.

Le estreché la mano.

—Gracias, señor. Es un honor incorporarme a su nave.

Me encontré con Hart media hora más tarde, en la otra punta de la Estación Fénix, en una recepción celebrada en honor de su jefa, la embajadora Abumwe.

—Le han concedido el Galardón al Mérito en el Servicio —me explicó Hart.

Iba por la segunda copa de ponche y nunca había destacado por su aguante con el alcohol, así que ya estaba un poco achispado. Vestía el uniforme diplomático de gala y pensé que parecía el portero de un edificio. Pero entonces recordé que yo llevaba casi un año sin quitarme los pantalones de chándal, así que ¿quién demonios me creía que era para criticarlo?

—¿Y es meritorio lo que ha hecho? —pregunté.

—Para empezar, mantuvo vivos a todos los miembros de su equipo mientras la Estación Tierra estaba siendo atacada —respondió Hart—. Te enteraste de lo de la Estación Tierra, ¿no?

Asentí. A la Unión Colonial se le daba bastante bien lo de evitar que las malas noticias llegaran a oídos de la población civil, pero algunas noticias eran más difíciles de ocultar que otras. Por ejemplo, la de que la única estación espacial de la Tierra había sido des-

truida por un grupo terrorista desconocido y que en el ataque habían muerto miles de personas, incluida la flor y nata de los cuerpos diplomáticos terrícolas. También era de dominio público que la Tierra culpaba del ataque a la Unión Colonial y había roto con ella todas sus relaciones diplomáticas y comerciales.

¡Imaginaos si es difícil ocultar algo así!

La versión oficial de la Unión Colonial sólo mencionaba que se había tratado de una acción terrorista. Lo demás me había llegado a través de colegas pilotos y de amigos como Hart. Cuando uno vive en el fondo de un pozo gravitatorio, suele enterarse únicamente de las versiones oficiales. Por el contrario, la gente que viaja de un lugar a otro del universo se entera de más cosas. No es fácil vender la versión oficial a quien ve las cosas con sus propios ojos.

—Algunos salvaron el culo por sus propios medios —dijo Harry Wilson, un amigo de Hart que éste acababa de presentarme. Wilson era miembro de las Fuerzas de Defensa Coloniales; su piel verde lo delataba. Eso y el hecho de que parecía de la misma edad que mi hermano pequeño a pesar de que probablemente tenía ciento veinte años. El hecho de tener un cuerpo modificado genéticamente tenía sus ventajas, siempre y cuando no te importara ser del color del guacamole—. Tu amigo Hart, aquí presente, por ejemplo. Consiguió meterse en una cápsula de escape y huyó de la Estación Tierra cuando ésta, literalmente, ya estaba explotando a su alrededor.

—Estás exagerando.

—¿Qué dices? Estaba literalmente explotando a tu alrededor —insistió Wilson.

Hart hizo un gesto con la mano para restarle importancia y me miró de nuevo.

—Tal como lo explica Harry suena más impresionante de lo que fue en realidad.

—Suena bastante impresionante —repuse.

—La estación espacial estaba explotando a su alrededor —repitió Wilson, poniendo el énfasis en la última parte.

—Hice inconsciente buena parte del viaje hasta la Tierra —dijo Hart—. Supongo que eso ayudó.

Señalé con la cabeza a la embajadora Abumwe, a quien reconocí

por las fotos que había visto de ella y que estaba en el otro extremo del salón de recepciones, estrechando la mano a los admiradores que esperaban su turno en fila.

—¿Qué tal ha ido la ceremonia?

—Ha sido penosa —respondió Wilson.

—Ha estado bien —lo contradijo Hart.

—Ha sido penosa —repitió Wilson—. El tipo que le ha puesto la medalla...

—El subsecretario de Estado Tyson Ocampo —dijo Hart.

—... era un idiota charlatán —continuó Wilson—. He conocido a un montón de gente de los cuerpos diplomáticos que se pone cachonda cuando se oye hablar a sí misma, pero este tipo se lleva la palma. Él y su voz deberían buscarse una habitación.

—No ha sido para tanto —repuso Hart mirándome.

—Ya has visto la cara que ha puesto Abumwe cuando el tipo no se callaba —le insistió Wilson a Hart.

—Ocampo —lo corrigió Hart, visiblemente molesto porque Wilson se refiriera a él como «el tipo»—. Es el segundo en el escalafón del Departamento de Estado. Y Abumwe no ha puesto ninguna cara rara.

—Te aseguro que tenía su cara de «cierra el pico, por favor» —afirmó Wilson, dirigiéndose a mí—. Créeme. La he visto muchas veces.

Me volví hacia Hart.

—Es cierto —asintió éste—. Harry ha visto la cara de «cierra el pico» de la embajadora más veces que la mayoría de los mortales.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Wilson, y sacudió levemente la cabeza—. Mirad quién viene por ahí.

Eché un vistazo en la dirección que señaló y vi que un hombre de mediana edad enfundado en un inmaculado uniforme del cuerpo diplomático de la Unión Colonial venía hacia nosotros, seguido por una mujer joven.

—¿Es el idiota charlatán? —pregunté.

—El subsecretario Ocampo —me corrigió solemnemente Hart.

—En persona —repuso Wilson.

—Caballeros —dijo Ocampo al llegar frente a nosotros.

—Hola, subsecretario Ocampo —lo saludó muy cortésmente

Wilson, y me dio la impresión de que Hart se relajaba una pizca—. ¿Qué podemos hacer por usted, señor?

—Bueno, ya que se interponen entre mi persona y el ponche, ¿serían tan amables de servirme una copa?

—Yo se la serviré —se ofreció Hart, y estuvo a punto de derramar su propia copa en el proceso.

—Gracias —dijo Ocampo—. Usted es Schmidt, ¿verdad? Del equipo de Abumwe. —Se volvió a Wilson—. Y usted es...

—El teniente Harry Wilson.

—¿En serio? —exclamó Ocampo. Parecía impresionado—. Usted salvó a la hija del secretario de Estado de Estados Unidos cuando la Estación Tierra fue destruida.

—Danielle Lowen —asintió Wilson—. Y sí. Aunque trabaja en el cuerpo diplomático por mérito propio, naturalmente.

—Naturalmente —convino Ocampo—. Pero el hecho de que fuera la hija del secretario de Estado Lowen no nos ha venido mal. Es uno de los motivos por los que EE. UU. es uno de los pocos países de la Tierra dispuesto a hablar con nosotros a todos los niveles.

—Me alegra haber sido útil —dijo Wilson.

Hart tendió la mano con la copa de ponche hacia el subsecretario.

—Gracias —le dijo éste, y devolvió su atención a Wilson—. También tengo entendido que se lanzó en caída libre desde la Estación Tierra hasta la Tierra con la señorita Lowen.

—Correcto, señor —asintió Wilson.

—Debió de ser una experiencia única.

—Básicamente me pasó todo el vuelo repitiéndome que debía evitar acabar aplastado.

—Por supuesto —admitió Ocampo. A continuación se volvió hacia mí. Reparó en que no llevaba puesto un uniforme y en mi maleta de tripulante y esperó a que me presentara.

—Rafe Daquin —dije al captar la indirecta—. Me he colado en la fiesta.

—Es un amigo mío que casualmente estaba en la estación —dijo Hart—. Es piloto en una nave mercante.

—¡Ah! —exclamó Ocampo—. ¿En cuál?

—En la *Chandler*, señor.

—¡Qué casualidad! Tengo reservado un pasaje en la *Chandler*.

—¿En serio? —inquirí.

—Sí. Hace siglos que no me tomo unas vacaciones y he decidido cogerme un mes libre para hacer excursiones por las montañas Connecticut de Huckleberry. Es el próximo destino de la *Chandler*, si no me equivoco.

—Me sorprende que no utilice una nave del departamento —apunté.

Ocampo sonrió.

—Me temo que habría dado mala imagen que utilizara una nave del Departamento de Estado como taxi. Según tengo entendido, la *Chandler* dispone de algunos camarotes para pasajeros. Vera y yo los hemos reservado —dijo señalando a su secretaria—. ¿Qué tal están?

—¿Los camarotes? —pregunté. Ocampo asintió—. Pues no estoy seguro.

—Rafe ha sido contratado hace apenas media hora —intervino Hart—. Aún no ha puesto un pie en la nave. Cogerá un transbordador que lo trasladará allí dentro de una hora más o menos.

—Es el mismo transbordador que tomará usted, señor —señaló Vera.

—Entonces lo descubriremos juntos —dijo el subsecretario mirándome.

—Supongo que sí —repuse—. Si le parece bien, cuando estén preparados para salir me gustaría escucharlos a usted y a su secretaria hasta la puerta de embarque del transbordador.

—Gracias, es usted muy amable —dijo Ocampo—. Le diré a Vera que lo avise cuando lo tengamos todo listo. Ahora me despido de ustedes, caballeros. —Hizo una pequeña reverencia y se alejó de allí con la copa de ponche en la mano, seguido por Vera.

—Muy diplomático —me dijo Wilson cuando el subsecretario ya no podía oírnos.

—¿Saltaste desde una estación espacial que estaba explotando? —le pregunté, cambiando de tema.

—Todavía no había explotado mucho cuando salté —puntualizó Wilson.

—¡Y tú te salvaste por los pelos en una cápsula de escape! —le dije a Hart—. Creo que estoy en la cola equivocada si quiero ver acción en los viajes espaciales.

—Créeme —dijo Wilson—. Ésa no es la clase de acción que estás buscando.

La *Chandler* cumplía con lo prometido y no ocurría nada emocionante.

Pero no tenía por qué ser así. Como he dicho antes, la nave hacía una ruta circular fija, lo que significaba que se detenía en tres destinos, y cada uno de ellos quería alguna cosa que se fabricaba y exportaba en el planeta anterior. De manera que, por ejemplo, en Huckleberry, que es una colonia básicamente agrícola, pues un gran porcentaje de su suelo se encuentra en una zona templada que favorece los cultivos humanos, cargábamos la nave con cosas como trigo, maíz, frutos y otros productos agrícolas y los llevábamos a Erie. Los colonos de Erie pagan un precio más elevado por los productos de Huckleberry porque, no sé, supongo que creen que son más sanos o algo así. Sea por la razón que sea, el caso es que los quieren. A cambio, cargábamos la nave con toda clase de metales raros, de los que Erie tiene un montón. Éstos los llevábamos a Fénix, que es el centro industrial de alta tecnología de la Unión Colonial, y allí cargábamos cosas como escáneres médicos y PDA y todas esas cosas que salen más baratas producir en masa y distribuir que intentar fabricar en casa con una impresora doméstica, y las llevábamos a Huckleberry, cuya industria es bastante modesta. Lavar, aclarar, y vuelta a empezar. Siempre que recorras el círculo en el sentido correcto, te haces de oro.

Pero no es emocionante, cualquiera que sea la definición que se utilice de *emocionante*. Esas tres colonias son lugares estables y protegidos; Huckleberry es la más reciente y ya ha cumplido casi cien años, y Fénix es la más antigua y la mejor defendida de todas las colonias planetarias de la Unión Colonial. De modo que uno no está explorando nuevos planetas cuando comercia con ellos. Y es bastante improbable que tenga un encontronazo con piratas u otras gentes con malas intenciones. Tampoco va a descubrir nuevas y rarísimas especies alienígenas (en realidad no va a ver una sola criatura de ninguna especie no humana). Transportamos alimentos, minerales y artefactos. No es un romance apasio-



nado con el espacio, sino una relación rutinaria, agradable y cómoda con él.

Pero insisto en que eso me importaba una mierda. Estaba contento con el espacio que ya había visto y los ocasionales momentos emocionantes que había vivido. Cuando trabajaba en la *Baikal*, por ejemplo, los piratas nos persiguieron durante cuatro días, hasta que finalmente tuvimos que soltar el cargamento que llevábamos a bordo. Cuando te deshaces del cargamento dejan de perseguirte porque ya no tienes nada que les interese. Normalmente. A veces, cuando sueltas el cargamento se cabrean y te disparan un misil a los motores para dejarte claro su enfado.

Por lo tanto, sí; como Harry Wilson sugirió, la emoción está sobrevalorada.

De todas maneras estaba en un momento de mi vida en el que no deseaba emociones. Yo quería trabajar. Y si eso significaba hacer de niñera del sistema de navegación de la *Chandler* mientras procesaba los datos sobre una ruta que había hecho mil veces, pues, por mí, perfecto. Cuando acabara este curro me habría librado de la mano negra de Ostrander y con eso me conformaba.

La *Chandler* en sí era una nave mercante básica, lo que quiere decir que se trataba de una fragata de las Fuerzas de Defensa Coloniales reciclada y adaptada para el transporte de mercancías. Existían naves de carga diseñadas para esa función, pero eran demasiado caras y solían construirlas y emplearlas las grandes compañías de transporte. La *Chandler* era la única nave que poseía una pequeña cooperativa de propietarios, que había adquirido la obsoleta fragata que iba a convertirse en la *Chandler* en una subasta.

Cuando investigué sobre la *Chandler* antes de la entrevista (investigad siempre; yo no lo hice con la *Cataratas de Lastan* y lo pagué caro), vi fotos de la fragata tomadas para la subasta, donde se vendía «en su estado actual». La vida no la había tratado bien, pero una vez restaurada, llevaba haciendo su trabajo dignamente casi dos décadas. Supuse que no me escupiría al espacio accidentalmente.

Hice el viaje en el transbordador con el subsecretario Ocampo y su secretaria (que se apellidaba Briggs; me enteré por el manifiesto de la tripulación y los pasajeros, no por boca del subsecretario) y

me despedí de ellos cuando llegamos a la nave. Luego me presenté ante Han y mi superior inmediato, la primera piloto Clarine Bolduc, y después a la intendente Seidel, que me asignó un camarote.

—Estás de suerte —me dijo—. Tienes un camarote para ti solo. Por lo menos hasta que llegemos a Erie, donde recogeremos más tripulantes nuevos. Luego lo compartirás con dos compañeros. Disfruta de tu privacidad mientras puedas.

Fui a mi camarote. Era del tamaño de un cuarto de la limpieza. Técnicamente cabían tres personas dentro, pero más te valía no cerrar la puerta si no querías quedarte sin oxígeno. Bueno, al menos podía elegir la litera.

Bolduc me presentó durante la cena al resto de la tripulación y a los jefes de los departamentos.

—No te dedicarás a las estafas en tu tiempo libre, ¿eh? —me preguntó Chieko Tellez, la subjefa de cargamentos, cuando me senté con la bandeja.

—Lo he investigado a fondo —dijo Han—. Está limpio.

—Sólo era una broma —replicó Tellez dirigiéndose a Han. Se volvió a mirarme—. Ya sabes lo que pasó con el tío al que sustituyes, ¿no?

—Algo he oído.

—Es una pena —repuso Tellez—. Era un tipo majo.

—Si no te importan la corrupción, los chanchullos y la bigamia —señaló Bolduc.

—A mí nunca me hizo nada malo, y, al final, eso es lo que cuenta —afirmó Tellez, y me lanzó una mirada sonriente.

—No sé si ahora también estás bromeando o no —confesé.

—Chieko siempre está bromeando —dijo Bolduc—. Y ahora ya lo sabes.

—A algunos nos gusta reírnos de vez en cuando —protestó Tellez mirando a Bolduc.

—Bromear no es lo mismo que reírse —replicó éste.

—Hummm... —murmuró Tellez, que no pareció molesta por el comentario. Imaginé que Bolduc y ella tenían la costumbre de chincharse mutuamente, lo que no era malo. El buen rollo entre los tripulantes suele ser síntoma de una nave feliz.

Tellez devolvió su atención hacia mí.

—Has venido en el transbordador con esos peces gordos del Departamento de Estado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te han contado qué hacen aquí?

—El subsecretario Ocampo va de vacaciones a Huckleberry. Como paramos allí, él y su secretaria han alquilado un par de camarotes libres.

—Yo en su lugar habría pillado una nave del Departamento de Estado —opinó Bolduc.

—Me dijo que eso daría mala imagen —señalé.

—Y seguro que eso le preocupa mucho —repuso Bolduc.

—Seidel me contó que Ocampo le había dicho que prefería viajar con discreción porque no quería tener la sensación de que se aprovechaba de su cargo —intervino Han.

—¿Y tú te lo crees? —inquirió Bolduc. Han se encogió de hombros y Bolduc se volvió a mí—. ¿Hablaste con él?

—Claro —respondí.

—¿Y te parece que ha sido sincero?

Recordé lo que Wilson había comentado sobre Ocampo y lo enamorado que éste estaba de su voz y luego pensé en el viaje en el transbordador. Después de la conversación de cortesía inicial, Ocampo le había estado dictando notas a Vera Briggs.

—No me parece la clase de persona que prefiera la discreción.

—A lo mejor sólo está tirándose a su secretaria y quiere llevar eso discretamente —apuntó Tellez.

—No creo que se trate de eso —repuse.

—Explícate —dijo Tellez.

Me encogí de hombros.

—No me dieron esa sensación ninguno de los dos.

—¿Y cuál es tu sensación en general, Daquin?

—Todo me parece bien.

—¿Y qué sensación te doy yo? —preguntó Tellez.

—Que tienes un sentido del humor peculiar.

—De sensaciones anda bien —apuntó Bolduc.

Tellez le lanzó una mirada fulminante, pero Bolduc no le hizo caso.

—¿Por qué iría nadie de vacaciones a Huckleberry, para empe-

zar? —inquirió Tellez—. Nosotros hemos estado un montón de veces y nunca se me ocurriría pasar allí mis vacaciones.

—Me dijo que quería hacer excursiones por las montañas Connecticut —dije—. Aunque lo cierto es que no las conozco.

—Espero que haya metido una chaqueta en la mochila —señaló Han—. Las Connecticut son una cadena de montañas heladas, y en el hemisferio norte de Huckleberry es invierno.

—Iba cargado con varias maletas —dije—. Su secretaria Vera se quejó de que llevaba el triple de ropa de la que necesitaba. Seguramente lleva un par de chaquetas.

—Eso espero —dijo Han—. De lo contrario serán unas vacaciones para olvidar.

Sin embargo, nunca hubo tales vacaciones.

Levanté la mirada desde mi asiento y vi que la capitana Thao y Lee Han estaban mirándome; la primera con cara de cabreada.

Lo primero que pensé fue: «Mierda, esta vez ni siquiera sé qué he hecho mal».

Y lo segundo que se me pasó por la cabeza fue la confusión que me producía el hecho de verla. Yo era el tercer piloto, lo que significaba que mis turnos normalmente coincidían con los momentos en los que la capitana se ausentaba del puente de mando, ya fuera porque dormía o porque se ocupaba de otros asuntos relacionados con la nave mientras yo me sentaba en el asiento del piloto. Llevaba tres días pilotando la nave; el segundo de a bordo Han se sentaba en su asiento, yo me sentaba en el mío, y el tiempo transcurría sin que hiciéramos absolutamente nada, pues el trayecto desde la Estación Fénix hasta el punto de salto se planificaba desde la Estación Fénix, y lo único que teníamos que hacer era asegurarnos de que no nos desviáramos por una u otra razón.

Y no nos habíamos desviado. Podría haberme echado un sueñecito en todos mis turnos y no habría pasado nada.

Faltaban doce horas para el salto. Cuando llegara ese momento, la capitana ocuparía su asiento, Bolduc pilotaría la nave con la ayuda del segundo piloto Schreiber y, con un poco de suerte, yo estaría durmiendo en mi litera. El hecho de que la capitana estuviera aho-

ra en el puente de mando significaba que había un problema, y el hecho de que estuviera de pie a mi lado quería decir que quizá ese problema tenía que ver conmigo. Pero yo no tenía ni idea de cuál podía ser ese problema. Como he dicho, estábamos exactamente donde teníamos que estar para el salto. Era imposible que estuviera haciendo algo mal.

—¿Sí, señora? —dije. Cuando tengáis una duda, estad preparados para recibir una orden.

La capitana Thao me tendió la mano con una tarjeta de memoria. Me la quedé mirando con cara de tonto.

—Es una tarjeta de memoria —dije.

—Sé lo que es —dijo la capitana—. Necesito que me ayude con ella.

—Claro. ¿Cómo?

—Usted trabajó como programador de sistemas de pilotaje, ¿verdad? Eso me ha contado Lee.

—Sí, hace algunos años —respondí, mirando por el rabillo del ojo a Han, cuya expresión se mantenía inmutable.

—Entonces sabe cómo funcionan.

—No he trabajado con el código de las versiones más recientes del programa, pero está construido utilizando el mismo lenguaje y los mismos compiladores, así que no debería tener ningún problema para ponerme al día con él.

—El sistema de pilotaje está preparado para aceptar comandos encriptados, ¿no es así? Se pueden introducir destinos sin que necesariamente sean públicos.

—Por supuesto —repuse—. Es una característica estándar. Se añadió en el programa de pilotaje militar para que por si acaso una nave, ya fuera tripulada o no, era capturada, quien se apoderara de ella tuviera dificultades para averiguar su destino. En las naves mercantes no suele utilizarse el modo seguro. Sería absurdo hacerlo, porque en cualquier caso tenemos que informar de nuestras rutas a la Unión Colonial y ésta siempre sabe adónde nos dirigimos.

—En esta tarjeta de memoria tengo un destino encriptado —dijo Thao—. ¿Puede decirme cuál es ese destino?

—No —respondí—. Está encriptado. —Y entonces me di cuenta de que casi con toda seguridad había hecho este último co-

mentario con el «tonito condescendiente de informático», así que rápidamente añadí—: Quiero decir que necesitaría la clave de encriptación, y no la tengo.

—Pero está en el sistema, ¿no? —insistió Thao.

—Ya, pero el sistema no nos la dice —repuse—. El objetivo del modo seguro es precisamente que el ordenador de navegación y sólo el ordenador de navegación sepa adónde se dirige la nave.

—¿Y no podría descifrarla sin la clave?

—¿La encriptación? —pregunté. Thao asintió—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—¿Cuánto falta para el salto?

Eché un vistazo al monitor.

—Doce horas y veintitrés minutos.

—Ese tiempo.

—Imposible —repuse—. Si me diera un mes, quizá. O si tuviera las contraseñas o la biometría o lo que sea que haya empleado quien le ha dado esa tarjeta de memoria para introducirla en el sistema de encriptado. —Señalé la tarjeta—. ¿Se ha encriptado en la *Chandler*?

—No.

—En ese caso necesitaría más tiempo aún, señora.

La capitana Thao asintió, malhumorada, y se volvió a Han.

—¿Puedo preguntar qué está pasando, señora?

—No —respondió de malos modos la capitana Thao. Me entregó la tarjeta de memoria—. Introduzca este destino nuevo en el sistema de navegación. Avise a Han cuando lo haya hecho y el nuevo destino esté confirmado.

Cogí la tarjeta.

—Tardaré menos de dos minutos.

—Perfecto —dijo Thao—. De todas maneras, avise a Han.

La capitana se marchó sin decir nada más y miré a Han, que no había variado un ápice su cara de póquer.

—Señor Daquin —dijo el subsecretario Ocampo cuando abrió la puerta de su camarote y me vio plantado delante de él—. No lo esperaba. Entre, por favor. —Se apartó para dejarme pasar.

Entré en el camarote, que era casi el doble de amplio que el mío, lo que no dejaba de ser como dos cuartos de la limpieza. Buena parte del espacio estaba ocupado por el equipaje del subsecretario, que era, como Vera Briggs había señalado, excesivo para un viaje de un mes. Pero me daba la sensación de que Ocampo era una de esas personas con cierta obsesión con la ropa, de manera que quizá no era raro en él viajar con tal cantidad de maletas.

—Siento esta falta de espacio.

—Mi camarote es más pequeño.

—¡Eso espero! —exclamó Ocampo, y se echó a reír—. No se ofenda.

—No me ofendo. No se preocupe.

—Tenemos suerte de que Vera no esté aquí en este momento. De lo contrario, seguramente no podríamos movernos —dijo Ocampo, y se sentó en una silla junto a una mesa diminuta—. A ver si adivino por qué está aquí, señor Daquin. Me da que su capitana le ha comentado recientemente algo sobre un nuevo destino, ¿verdad?

—Podría ser.

—Ya lo creo que podría ser. Y este nuevo destino es secreto, y sospecho que usted y el resto de la tripulación de la *Chandler* están divirtiéndose con las especulaciones sobre el nuevo destino, por qué nos dirigimos a él y por qué su capitana está obedeciendo una orden que en principio nadie podría darle. ¿Es eso correcto?

—Más o menos, sí.

—Y apuesto a que usted se ha ofrecido voluntario al resto de la tripulación para venir a preguntarme sobre el asunto, porque usted y yo hicimos juntos el viaje en el transbordador.

—No, señor. Tiene razón en lo de que la tripulación está haciendo comentarios sobre el asunto. Pero nadie me ha metido en esto. He venido por voluntad propia.

—Eso es lo que yo llamo iniciativa, o estupidez, señor Daquin.

—Sí, señor.

—O tal vez tenga un poco de ambas cosas.

—Es igualmente posible, señor.

Ocampo volvió a reír.

—Comprenderá que si no puedo decirle a su capitana adónde vamos, tampoco podré decírselo a usted.



—Lo comprendo —repuse—. Pero no estoy aquí por el «dónde» sino por el «porqué».

—¿El porqué? —inquirió Ocampo.

—Sí. Como en ¿por qué dos personas del Departamento de Estado de la Unión Colonial fingen ir de vacaciones a una cordillera helada y viajan en una nave de mercancías en lugar de hacerlo en una nave del Departamento de Estado junto con una delegación diplomática oficial para reunirse dondequiera y con quienquiera que vayan a reunirse y negociar?

—Vaya —dijo Ocampo tras pensarlo un momento—. Y yo que creía que había sido astuto.

—Y lo ha sido, señor. Pero las cosas se ven distintas desde dentro de la nave que desde fuera de ella.

—Tiene usted razón. Tome asiento, Daquin, por favor —dijo Ocampo, señalando su litera. Me senté—. Planteemos por un momento una serie de posibilidades teóricas. ¿Le parece bien?

—Por supuesto —respondí.

—¿Qué sabe sobre la situación actual de la Unión Colonial?

—Sé que nuestras relaciones con la Tierra no están pasando por su mejor momento.

Ocampo soltó un bufido.

—Sin pretenderlo, acaba de hacer usted la declaración moderada del año. Sería más preciso decir que la Tierra odia con toda su alma a la Unión Colonial. Los terrícolas creen que somos el demonio y nos quieren muertos a todos. Nos culpan de la destrucción de la Estación Tierra, que era su salida principal al espacio. Nos acusan de haberla atacado.

—Pero no fuimos nosotros.

—¿Por supuesto que no! Pero la mayoría de las naves utilizadas en el ataque habían sido sustraídas a la Unión Colonial. Por lo menos de eso se habrá enterado, supongo. Naves mercantes como ésta fueron capturadas y convertidas en vehículos para los ataques.

Asentí. Era uno de los rumores más disparatados que circulaban. Al parecer, unos piratas, o alguien que se hacía pasar por ellos, había interceptado y abordado las naves, pero su interés no era el cargamento, sino las naves en sí, para utilizarlas para atacar objeti-

vos de la Unión Colonial y del Cónclave, una importante organización política de razas extraterrestres.

A mí me parecía un disparate porque no tenía pies ni cabeza. No me refiero al hecho de que capturasen las naves, pues sabía que eso había ocurrido. Todo el mundo en el espacio conoce a alguien que ha perdido su nave. Lo que no tenía sentido es que se utilizaran naves mercantes para atentar contra plataformas porque existían maneras más sencillas de atacar a la Unión Colonial y al Cónclave.

Sin embargo, Ocampo estaba confirmándose ahora que esa parte del rumor era cierta, que esa clase de cosas estaba sucediendo. Razón de más, supongo, para sentirme feliz de estar trabajando en una ruta comercial dentro de las fronteras de la Unión Colonial.

Salvo que ya no estábamos haciendo esa ruta segura.

—El hecho de que las naves pertenecieran a la Unión Colonial señala a la Unión Colonial como responsable del ataque —dijo Ocampo—. Por lo tanto, las relaciones diplomáticas con casi todas las naciones de la Tierra se han roto. Y debemos ser muy prudentes con quienes todavía mantenemos algún contacto. ¿Me sigue?

Volví a asentir.

Ocampo asintió también y continuó:

—En ese caso, señor Daquin, respóndame la siguiente pregunta: Si el número dos del Departamento de Estado de la Unión Colonial quisiera restaurar las relaciones diplomáticas con la Tierra, aunque sólo fuera un pequeño contacto, sin que inmediatamente todo el mundo se viera obligado a adoptar una posición política, ¿cómo podría hacerlo?

—Fingiéndolo que se va de vacaciones, cuando en realidad se dirige en una nave de mercancías a una reunión extraoficial en un lugar secreto —respondí.

—Esa podría ser una posibilidad, cierto —admitió Ocampo.

—Pero aún tendría que convencer al capitán de la nave.

—El convencimiento puede lograrse de múltiples maneras —repuso Ocampo—. Una sería mediante una petición oficial de la propia Unión Colonial, que en el caso de ser rechazada provocaría que la nave en cuestión tuviera vetado atracar en las estaciones espaciales controladas por la Unión Colonial, que serían todas las que hay en el espacio de la Unión Colonial.